

Una poética jovial: aproximación oblicua a la obra de Luis Tejada

Santiago Gallego

*¡Yo quisiera escribir el poema de las pequeñas
llamas misteriosas
que alientan un instante a nuestro lado,
o pasan intermitentes y fugaces a lo largo de
nuestra vida!*

Luis Tejada, "Las llamas"

La obra de Luis Tejada vive en el seno de pequeños círculos de lectores que le rinden venal admiración. El completo olvido le ha sido negado gracias al obstinado propósito ocasional de algún poeta o biógrafo encargado de recordar a un autor que se auto-proclamó, con cierta humildad, cronista, y al que le hace más justicia el título de escritor o poeta. Añadir un episodio más a esta dilatada historia de decidida obstinación es el propósito de esta nota.

La vida de Tejada fue breve e intensa. Nació en el pueblo de Barbosa el 7 de febrero de 1898 y murió en Girardot el 17 de septiembre de 1924. A sus veintiséis años había vivido en Barranquilla, Medellín, Pereira y Bogotá. Había publicado un libro (*Libro de crónicas*) y sido padre de un hijo que murió prematuramente. También había militado en el Partido Comunista Colombiano junto al poeta Luis Vidales, contraído las muy literarias y decimonónicas enfermedades de la sífilis y la tuberculosis, y no sin exceso retórico lo habían nombrado "príncipe de los cronistas colombianos". Vistos con más detalle, algunos eventos de su vida ayudan a entender la formación intelectual de este alegre pastor industrial.

Su padre era Benjamín Tejada Córdoba, educador, periodista y vibrante orador de vocación liberal. Juan Gustavo Cobo Borda cuenta la anécdota irresistible de un Tejada Córdoba comprometido en cierta campaña antialcohólica que llegó a tener sesenta y seis sociedades y 82.000 socios en contra del "funesto vicio": "La tradición oral recuerda el hecho de que sus beligerantes conferencias eran celebradas, posteriormente, con copiosas libaciones de aguardiente".¹ Comerciante en bancarrota y fecundo fundador de colegios, Tejada Córdoba murió en Bogotá, un año después que Luis, cuando era profesor de la Universidad Libre "y en la misma forma como había vivido y como vivió su hijo: en la mayor pobreza".² La madre de Tejada era María Isabel de las Mercedes Cano, familiar de Fidel Cano, fundador del diario liberal *El Espectador*. Allí Tejada escribió la mayor parte de sus notas.

La acostumbrada biografía de los escritores casi siempre coincide en hablar de sus genialidades o excentricidades prematuras. Así, se cuenta que a los once años Tejada leía vorazmente las obras de sir Arthur Conan Doyle, de quien heredó quizás su perdurable vocación de detective trascendental, y que a los catorce ingresó a la Escuela Normal de Varones, donde se hizo a la malquerencia profesoral por leer el *Emilio* de Rousseau. En su reglamento de 1910, la Normal disponía: "[se prohíbe] tener en el establecimiento discusiones sobre política o novelas de cualquier género que sean, o aun ocuparse en su lectura".³ Para graduarse en el instituto pre-

sentó una tesis titulada *Métodos modernos*, donde defendía las nuevas pedagogías que comenzaron a aplicarse en algunos centros educativos del país, como en el Gimnasio Moderno de Bogotá. Monseñor Rafael María Carrasquilla, desde el púlpito del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, advertía por entonces con tufillo censor y católica mojigatería usual:

Poner en manos de los jóvenes que se educan para maestros toda clase de obras católicas y heterodoxas, sanas y venenosas, para que ellos formen su criterio es, para usar de la frase más suave que encuentro, una gravísima imprudencia.⁴

No es difícil preverlo: al final de sus estudios el novel progresista no obtuvo su título de maestro y en adelante se consagró a una suerte de periodismo poético que en breve discutiré.

La generación a la que perteneció Tejada fue aquella conocida como la de Los Nuevos, generación preocupada por la búsqueda de la renovación poética y política en una república de gramáticos (que casi es lo mismo que decir “de conservadores”). Tanto León de Greiff como Luis Vidales, Jorge Zalamea, el caricaturista Ricardo Rendón y el mismo Tejada se despreocuparon por la preservación de moldes viejos, tarea que se había propuesto con ahínco Marco Fidel Suárez, un gramático que, con ignorancia deliberada de Nietzsche y decidido anacronismo, insistía fervorosa –candorosamente– en la comunión indisoluble entre belleza y bien moral, así como en la necesidad de que la Iglesia y el Estado fueran uno. A él se dirigió Tejada sin prescindir de la crueldad:

[...] los personajes a quienes se dirigen con naturalidad como si existieran realmente, son

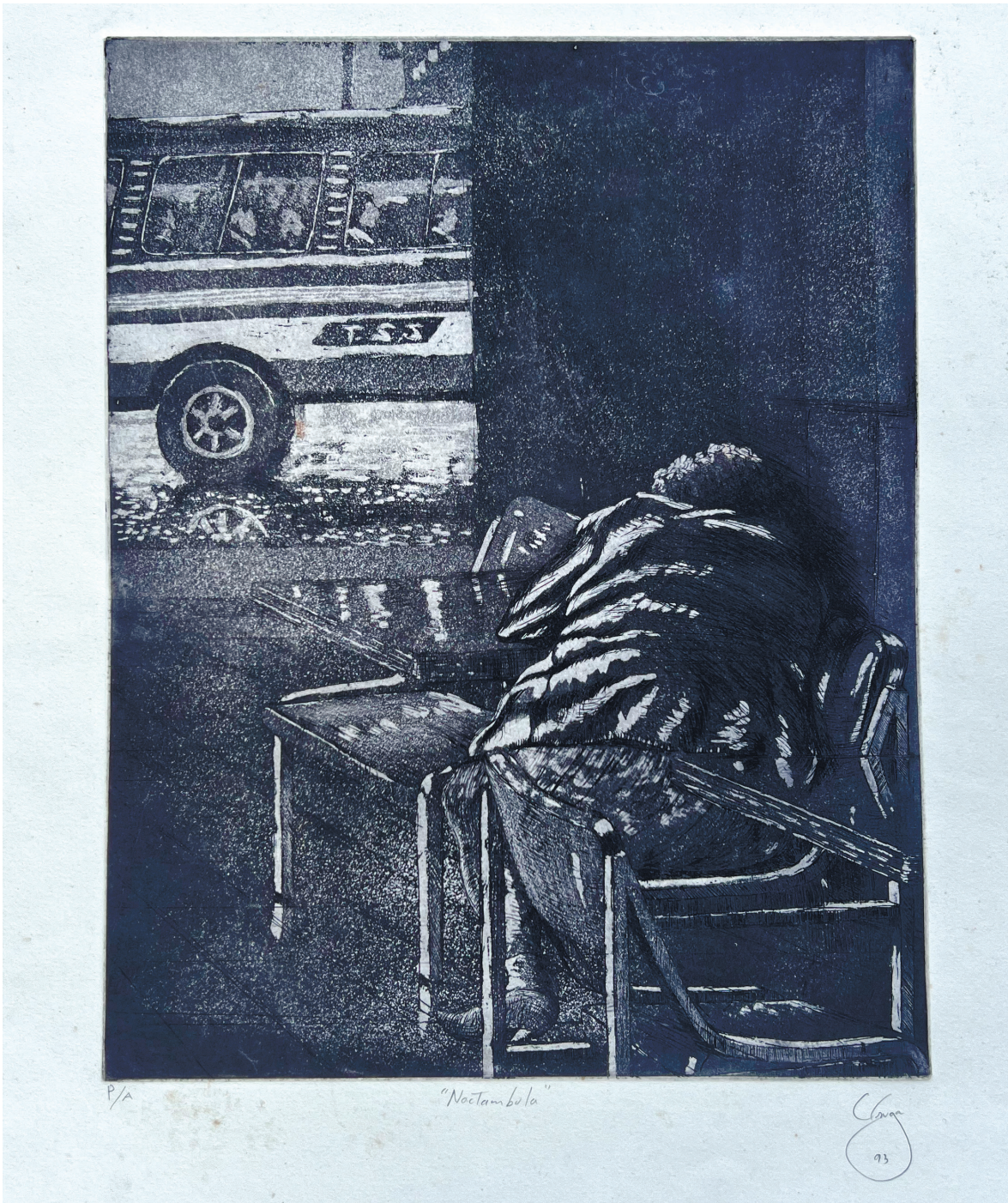
criaturas que desaparecieron hace muchos días; las ideas que expresan son ideas que lógicamente pudieran haberse tenido hace cincuenta años; y cuando por casualidad mencionan un nombre o un suceso actual, lo hacen en una forma vaga y sibilina, como el que, en el siglo anterior, se hubiera puesto a profetizar lo que está sucediendo hoy.⁵

Tartamudo, bohemio y conjetrador feliz, a Tejada lo afligieron múltiples penurias durante su vida, salvo la radical falta de confianza. Zalamea coincide con esto: “Pero él nunca dudó. Parece que fue la única prueba de los apóstoles que no tuvo que sufrir, porque el entusiasmo de su juventud no le permitía el escepticismo”.⁶ Su temprana fe en la pedagogía dio paso a su fe en el comunismo; conservó siempre, pues, el deseo de creer. Ello explica su irritación frente a la ironía:

La ironía no es, como suele decirse, demasiado irónicamente, un síntoma de agilidad intelectual; es más bien una rigidez, una inercia, un estancamiento de la mente dentro del círculo reducido que afecta a la apariencia de las cosas, a su forma externa, a su superficie.⁷

El último año de su vida lo concentró en su militancia política, que afectó notablemente el tono y tema de sus publicaciones en *El Espectador*. Se ocupó, en consecuencia, del salario de la mujer, de las revueltas universitarias, los manifiestos nacionalistas de jóvenes conservadores y la necesidad de combatir el dogmatismo eclesiástico.⁸ En sus últimos días abandonó Bogotá por recomendación médica para instalarse en las cálidas tierras de Girardot, donde al fin murió joven.

Un año después de su muerte, Alberto Lleras lo recordó desde Buenos Aires así:



Elkin Úsuga, Noctámbulo, aguatinta, 1993, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

Luis Tejada, diminuto y nervioso, barbudo, vibrante, ágil, elevando su voz de violín destemplado sobre todos sus compañeros de café o de redacción. Luis Tejada, aislado del ruido sordo de la maquinaria, escribiendo

do con dificultad pulimentadora y sintética, notas breves sobre todo lo que giraba a su alrededor, con una unción franciscana y de agradecimiento hacia las cosas y los hombres, que me conmovía desoladamente. Luis

Tejada, comunista, abandonando a sus ideas lo único que le quedaba por entregar de su personalidad y cambiando su vida de contemplativo, por una agitación permanente en que a veces yo quería buscar el gesto de demencia cuando solo podía haber la locura apostólica. Luis Tejada, un hombrecillo diminuto que tenía un alma tan grande, que no tenía miedo de venderla todas las tardes a la redacción del periódico y verterla en cuarenta líneas de linotipo.⁹

II

Aunque colaboró con el semanario *El Sol* y con la revista *Cromos*, el grueso del trabajo de Tejada fue publicado en el diario *El Espectador*, donde el escritor tenía dos columnas: una titulada “Mesa de redacción” (que hacía parte de la sección editorial y trataba mayormente temas políticos), y otra llamada “Gotas de tinta”, donde abordaba temáticas más amplias. Se trataban todas ellas, salvo unas pocas más extensas aparecidas en *Cromos*, de textos breves, bautizados por él mismo como “crónicas”, y que rondaban las mil palabras.

Publicado el año de su muerte con el patrocinio del “doctor Villa Álvarez”¹⁰ –al parecer un notable médico que ejercía en Manizales–, el *Libro de crónicas* reunió, en 130 páginas, cuarenta y siete textos publicados previamente por Tejada, quien hablaba así de él:

Las ciento cincuenta páginas que formarán mi primer libro, mi *Libro de crónicas*, son todas contradictorias. Escritas en épocas distintas, bajo distintas impresiones, puestas allí sin orden alguno; la primera de esas crónicas puede estar rebatida en la que le sigue; esta en la siguiente, y así... Es un libro para gentes ocupadas, que no pueden, que no tienen tiempo de leer los grandes y famosos libros. Mi libro será un libro para leer en el

tranvía; para entretener los ratos ociosos de las muchachas inteligentes.¹¹

El libro se reeditó en 1961 (Ediciones Triángulo) y en 1997 (Editorial Norma). Una edición del Instituto Colombiano de Cultura (1977), titulada *Gotas de tinta*, reprodujo aquel primer y único libro de Tejada y añadió unas ochenta crónicas más, tomadas de *El Espectador* (publicadas entre 1921 y 1924), otras del semanario *El Sol* y unas más de la revista *Cromos*. Una edición de 1989 (*Mesa de redacción*, Editorial Universidad de Antioquia) recopiló textos diferentes a los publicados en la versión del Instituto Colombiano de Cultura y, en 2007, la misma editorial de la Universidad de Antioquia publicó, a cargo del historiador Gilberto Loaiza Cano, una *Nueva antología de Luis Tejada*.

Alguna literatura sobre Tejada, sin ser abundante, ha aparecido en las últimas décadas. De 1993 es el trabajo monográfico del sociólogo John Byron Orrego, titulado *Luis Tejada Cano y el inicio de la modernidad literaria en Colombia* (Concejo de Medellín); de 1994, la biografía *Luis Tejada: una crónica para el cronista*, del poeta Víctor Bustamante (Editorial Babel); del año siguiente, el ensayo *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura*, del ya citado Loaiza Cano (Tercer Mundo Editores), y de 2006, la biografía de afortunado título *Luis Tejada: vida breve, crítica crónica*, del poeta John Galán Casanova (Editorial Panamericana).

Podría decirse que Tejada estuvo sepultado en el olvido durante los cincuenta años posteriores a su muerte. Su amigo y compañero político Luis Vidales no economizó un par de neologismos al censurarle a Colombia, en 1976, esta negligencia:

El olvido, el estado letárgico parece ser la palabra de orden de esta sociología. Se trata de



Jhon Jair Muriel, Sin título, fotoserigrafía, 1992, 1/12, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

un entresueño, de un segismundismo, de un yacer soporífero, de un estado de catalepsia, de una condición hipnótica, de un sonambulismo, de una vagotomía vegetal.¹²

El que todavía hoy existan lectores fervorosos de Tejada en un país que carece de anticuarios compulsivos o de afanados nacionalistas demuestra al menos que su obra no es una vieja curiosidad del pasado. Sociólogos e historiadores han leído sus crónicas como documentos sociales y con ellos han reconstruido el proceso modernizador en las primeras décadas del siglo xx en Colombia; su calidad estética, en tanto, no ha envejecido, y de allí que Tejada siga interesando a los poetas. Y a todos, aunque de manera incidental (y está bien que así sea), les ha intrigado un mismo asunto: ¿qué son estas autoproclamadas “crónicas”?

III

Una dificultad elemental y hasta aquí inconfesada ha entorpecido la redacción de estas líneas. El lector atento ya lo habrá notado: me he referido mayormente a la “obra” de Tejada o a sus “textos” o “notas”, vacilando en llamarlos “crónicas” (como él lo quiso, al bautizarlos así, en el título de su único libro). Todos los que han escrito sobre él oscilan entre la justificación de esa denominación y un intento por redefinir el género de la obra. Sin querer agotar una discusión que no supera aquella inocua y extensa sobre el sexo de los ángeles, documento dicha polémica a manera de curiosidad y anécdota.

El poeta Cobo Borda ve inusuales características en la crónica. Dice: “La crónica, que es hasta cierto punto periodismo, pero que es, ante todo, buena prosa, oscila entre el

ensayo breve y la digresión aguda, y tiene a Luis Tejada como su más destacado exponente”.¹³ No sin aparente maldad y acertada intuición, Cobo Borda contrapone buena prosa y periodismo; su definición de la crónica, sin embargo, parece acercarse más a la del artículo de opinión o a la del ensayo tal como lo conoció y practicó Montaigne: “Ella [la crónica] ya no busca tanto la transmisión de novedades, como lo fue en sus orígenes; [...] sino más bien [...] glosar en un apunte breve, un comentario incisivo, una mirada al sesgo, la realidad entera”.¹⁴

Simpático: García Berrío y Huerta Calvo (1995), en *Los géneros literarios*, casi hablan en los mismos términos sobre el ensayo, señalando que este posee una “prosa literaria sin estructura prefijada, que admite la exposición y argumentación lógica, junto a las digresiones, en un escrito breve sin intención de exhaustividad”.¹⁵ Y antes informan:

[...] en determinadas épocas ha prevalecido un concepto del mismo muy estetizante, hasta el punto de que los límites entre lo didáctico y lo ficcional han llegado a diluirse. Incluso en nuestros días, el artículo periodístico –por hablar de una forma simple– presenta en muchos de sus cultivadores un alto grado de intención artística.¹⁶

Lo anterior aparece reiteradamente en las crónicas/ensayos de Tejada, donde los límites entre poesía, ensayo y crónica son difusos.

Por otra parte, la reacción del poeta Vidalés frente al género de la obra de Tejada es enfática y está acompañada por una furia amena que siempre ha despertado en mí una sonrisa de íntima complicidad. Repaso brevemente esos énfasis. Dice Vidalés: “No hay en la literatura de aplicación periodística del ciclo en que Luis Tejada se expresa,

nada entre los cronistas de habla castellana [...] que se le parezca ni remotamente”.¹⁷ También se refiere a las “mal llamadas crónicas” e insiste:

He dicho que la palabra “crónica”, como designó Tejada sus producciones y como se suelen catalogar estas, no responde a la evaluación que hoy estamos en capacidad de hacer de esa obra, y es una subestimación, por tanto, de la misma. [...] las crónicas de Tejada aparecen cada vez más puras, más vivaces, más alta poesía, más actuales y futuras y menos crónicas...¹⁸

Y termina concluyendo con soberbia sincera:

Por virtud de la esencia de cuanto escribió, su obra se sitúa en un plano de perennidad en el que el comején del tiempo no actúa. Me refiero al plano de la poesía, que es la única de las creaciones del ingenio humano que responde a cualidades implícitas del temperamento [...], sin ayuda de materiales externos o de la muletería de las fuentes, documentos u otros papeles que requieren todas las otras manifestaciones de la labor intelectual.¹⁹

Una última conclusión que se suma al barullo general la emite Galán Casanova, quien no se resiste a glosar a Cobo Borda al describir la conformación híbrida de esos textos:

El valor literario de las crónicas de Tejada radica en su capacidad de condensar con fortuna cualidades propias de modalidades tan diversas como la narrativa, la poesía, el artículo periodístico o la crítica. La libertad que establece la crónica como género a medio camino entre el periodismo y la literatura impide que alguna de estas tendencias se apodere del texto, ajustándolo a sus convenciones específicas.²⁰

La ambigüedad del género es, pues, una característica inherente a las crónicas/en-

sayos/poemas/textos/comentarios/notas breves escritas por Tejada hace noventa años. En ellas aparecen, sin embargo, varias declaraciones sobre sus intenciones y aspiraciones literarias; quizás en ellas se encuentre un hilo para salir de este laberinto en el que voluntariamente me he extraviado.

[...]

Referencias

- 1, 2, 8, 9, 10, 11, 13, 14 Cobo Borda, J. G. (1977). Prólogo en Tejada, L., *Gotas de tinta*, Instituto Colombiano de Cultura, pp. 15, 17, 20, 19, 13, 26, 22.
- 3, 4, 20 Galán Casanova, J. (1993). Luis Tejada: crítica crónica en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Biblioteca Luis Ángel Arango, 30 (33), pp. 42, 45, 69.
- 5 Tejada, L. (1977). El resucitado en *Gotas de tinta*, Instituto Colombiano de Cultura, p. 119.
- 6 Zalamea, J. Testimonio [1924] en Tejada, L. (1977). *Gotas de tinta*, Instituto Colombiano de Cultura, p. 398.
- 7 Tejada, L. (1977). Diatriba de la ironía en *Gotas de tinta*, Instituto Colombiano de Cultura, p. 169.
- 12, 17, 18, 19 Vidales, L. Testimonio [1976] en Tejada, L. (1977). *Gotas de tinta*, Instituto Colombiano de Cultura, pp. 410, 411.
- 15, 16 García Berrío, A. y Huerta Calvo, J. (1995). *Los géneros literarios: sistema e historia*, Cátedra, pp. 224, 218.

Fragmento del artículo publicado en la *Revista Literatura: teoría, historia, crítica*, vol. 16, n. ° 2, jul. - dic. 2014, Universidad Nacional de Colombia, pp. 59-88. Disponible en: <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/51577>.

Santiago Gallego ha trabajado como profesor, corrector de textos, editor y escritor. Actualmente se dedica a la charcutería EL SOBRINO (@elsobrinocharcuteria), donde creó la tapetusa TEJADA en honor al escritor antioqueño: una tapetusa “cordial, fraternal, sencilla”.